



15-8/33

1-59

93

Viernes 30 de Diciembre de 1932 I. - Número 653

Un asunto que merece pensarse

La corporación municipal de Bilbao y la provincial de Vizcaya parecen pensar en pensionar á dos jóvenes artistas para ayudarles en su carrera.

Comprendo muy bien las justas razones que abonan tal medida socialista, y creo más, que el subvencionar artistas de porvenir puede llegar á ser un acto eminentemente utilitario para quien lo lleva á cabo, entendida la utilidad en su más elevado sentido, como un fin no en el sentido de negocio, que no es más que un medio.

Pero aún siendo justo y utilitario tal proceder, si fuera exclusivo para con los artistas, podría no ser equitativo, porque ya que la sociedad, por ministerio de las corporaciones públicas, no pueda ó no quiera ayudar en su carrera á todo individuo, no se vé bien por qué han de ser preferidos á todos los demás los artistas.

Cierto es que hay motivos para que éstos lo sean á los que se consagran á otras actividades, en las que pueden perfeccionarse sin dejar su pueblo y con los medios disponibles en él; cierto también que no se deja de proteger á jóvenes que siguen otros caminos, pero creo que los hay que consagrándose á misiones elevadísimas y de la más profunda importancia social no tienen la suerte de los que despuntan por pintores ó músicos.

Bilbao, y Vizcaya en general, tienen merecida fama de atender con exquisito cuidado al fomento y esplendor de la instrucción primaria. Los bilbaínos enseñamos enorgullecidos al forastero soberbios edificios de escuelas, espaciosos, alegres, aireados y soleados, higiénicos y elegantes, ya que no todos lo sean. Bilbao ofreció á sus visitantes en las últimas fiestas de Agosto un festival infantil que ha dejado recuerdo imborrable. Y por último, en Bilbao se paga á los maestros con rigurosa puntualidad, ya que como sucede en toda España, no se les pague lo que en conciencia se les debe.

Pero ni la higiene y esplendor de los edificios de escuelas, ni las fiestas escolares que se resuelven en jolgorio para los niños y espectáculo para los mayores, ni la puntualidad en el pago de las atenciones de primera enseñanza son todo, ni siquiera la más importante parte del fomento de la instrucción pública en su rama principal: la enseñanza primaria.

El estado de esta última en España es tan deplorable como el de cualquier otra enseñanza, pero resulta mucho más por los más terribles efectos de la acción de sus deficiencias.

Es innegable que ha progresado no poco entre nosotros en los últimos años la educación de la niñez, pero aún así y todo para llegar en esa función social, la más importante de todas, al grado que alcanza en otros países de Europa necesitamos andar larguísimo y fatigoso camino.

Este lastimoso estado se debe á que ni la conciencia pública tiene idea de la importancia de la primera enseñanza, ni la tienen muchos que á ella se dedican, ni los padres saben lo que es educar bien á un hijo ni para qué sirve la buena educación.

Es cosa que espanta, así como suena, la horrible idea que de la educación se forman las gentes.

El padre lo que quiere es que el hijo pase pronto de una clase á otra, que esté cuanto antes en disposición de entrar en el Instituto, que empiece en éste el doloroso via-crucis de su inteligencia, que continúe, corregido y afeitado, en la Universidad, si llega á ella, que saque el mayor número posible de sobresalientes y á poder ser premios para adornar con los diplomas, trofeos tristes de un martirio cruel, las paredes del cuarto de estudio, ó si no esto, que no pierda curso, que acabe pronto, y pronto, muy pronto, lleve á su casa un título que le habilite para ejercer el monopolio social de una profesión ó un empleo del Estado.

La integridad de la inteligencia, la salud de la razón, y aun la del cuerpo, la elevación del espíritu, la perfección de criterio, todo lo que hace un hombre, un verdadero hombre, importa poco.

Hay que hacer del hijo un abogado, un médico, un ingeniero, un doctor ó perito en esto ó lo otro, no un hombre. ¿Para qué sirve la perfección y elevación del alma en la lucha por la vida? La felicidad debe ser sacrificada á las duras necesidades de la existencia. Esta es una consecuencia de esa doctrina brutal y estúpida que llevaría al género humano á reventar de fatiga y anemia al pié de la fábrica y del almacén atestado de productos de su industria.

Si el joven no llega á facultad conviéndole por lo menos que obtenga el título de bachiller, que á nadie estorba, dicen, y es bonito adorno en sociedad.

Estas son verdades duras, pero son verdades. Ni la conciencia pública, ni los padres de familia se dan idea clara del carácter, valor é importancia de la instrucción y educación de la niñez. Todo lo que se oye y lee sobre su importancia, sobre el valor del maestro, sobre lo trascendental de nuestros primeros pasos son tópicos oratorios, lugares comunes que corren de boca en boca y de periódico en periódico sin acento de honda sinceridad y de comprensión perfecta.

La mayor utilidad que ven muchos padres en la escuela es que les desembaraza durante gran parte del día de los hijos que enredan y estorban... Por tanto, incapaces de aguantar los propios hijos, compadecen y admiran al pobre maestro que aguanta los ajenos.

Un maestro es, para la generalidad de las gentes, digase lo que se diga, un pobre hombre que se gana la vida enseñando á los niños las letras en el cartel. Tal idea de la educación y del maestro hace que ni aquella sea atendida ni á este se le ponga en camino de llegar á ser lo que debiera.

Cuando á fines del año pasado formó parte en un tribunal de oposiciones á escuelas públicas vacantes en este distrito universitario, saqué de los ejercicios grandísima enseñanza y no menor tristeza.

Tristeza, sí, me daba el pensar que la sociedad ponga la suerte de sus hijos en las manos que las ponen, y no por culpa de los que se dedican al magisterio, sino porque la exigüidad del sueldo hace que la carrera del magisterio de primera enseñanza sea de las más cortas y menos arduas y que los maestros, salvo raras excepciones que tocan en la más elevada abnegación, se recluten entre los que menos preparación llevan para ello.

A un ingeniero, á un médico, se le exigen muchos más conocimientos que á un maestro de escuela, cuando la tarea de educar niños exige tanta ciencia por lo menos como la de construir un ferrocarril ó curar á un enfermo, pero también es verdad que el Estado y la sociedad pagan mejor al ingeniero ó al médico, que si son buenos no hacen más servicio ó aquellos que daño les hace el maestro si es malo y beneficio podría hacerles si fuera bueno.

Es un círculo vicioso. Como la sociedad paga mal á los maestros, los maestros no pueden servir mejor á la sociedad.

¿Cuál es el remedio? Aumentarlos el sueldo, se dirá. Acaso, pero hay algo que debe preceder á este.

Hoy, tales cuales son, creo que sus servicios valen mucho más de lo que se les paga, pero lo que se debe hacer es que valgan aún más, y cuando por el perfeccionamiento de la educación pública vieran los padres palpablemente el inmenso progreso espiritual de sus hijos y la sociedad toda el beneficio que sobre ella se derramaba, la conciencia pública pediría, y no con tópicos ni vulgaridades, la exaltación del decoro del magisterio de primera enseñanza.

¿Y cómo se puede mejorar el mérito de este magisterio? Haciéndole estudiar.

Y entro en el objeto principal de este artículo.

En nuestras escuelas normales, por lo que conozco y he oído de ellas, la enseñanza de la pedagogía es una ruina en España.

La pedagogía es una ciencia difícilísima, honda, complicada, que exige vastísimos conocimientos técnicos. Su conocimiento teórico y la aptitud práctica para ejercerla con provecho no son menos difíciles, que los conocimientos teóricos ó la aptitud práctica necesarias para operar en un hospital ó construir un puerto. La mente humana es objeto de tan vasto estudio como el organismo corpóreo ó el telúrico.

Crear que para la educación basta carácter y eso que se llama experiencia es lo mismo que dar fé á esa semi superchería que llaman ojo clínico, ojo que lo mismo mata que sana. Sin ciencia no hay experiencia posible. Claro está que ciencia íntima, sorbida, digerida, asimilada, hecha propia carne de la mente fecundada por la experiencia, no fórmula vana.



La enseñanza teórica de la pedagogía y el ejercicio preparatorio para su aplicación práctica son desdichadísimos en España. Conozco maestro, y nada torpe, que tiene de la pedagogía una idea parecida á la que tenían los romanos de las tierras que se extendían más allá de la extrema Thulo.

En cambio, el cultivo teórico de esa ciencia y su aplicación inteligente ha llevado en otros países de Europa la instrucción primaria á un grado tal, que aquí el gran público apenas concibe. Hay en Italia, por ejemplo, maestros de escuela que valen mucho más que renombrados profesores técnicos de España.

¿Por qué no se había de estudiar el medio de pensionar á jóvenes que se dediquen al magisterio, elegidos por uno ú otro medio, jóvenes despiertos y animosos, para que fueran á estudiar el florecimiento de la educación primaria, allá donde ésta florece?

Sé que en Bilbao hay excelentes maestros, que con aplicación é inteligencia han dado de sí todo lo que dentro de la ciencia pedagógica corriente en España, de su experiencia valiosísima y de sus dotes han podido dar, pero ¿acaso no hubieran dado mucho más á poder recibir corrientes vivas de nuevos progresos en otro ambiente?

Bien se gasta en Bilbao en instrucción primaria, pero más en la fachada y en cumplir estricta y lealmente la obligación legal que en lo íntimo de ella. Si el forastero que visita á Bilbao es lego, se admira de edificios tan soberbios como la escuela de los jardines de Albia, pero si es perito y observador, le sucede lo que á un amigo mío que nos visitó hace dos veranos, que entró, quiso ver el material de enseñanza y salió desilusionado.

¡Ah! Si parte del dinero que bien intencionados bienhechores han empleado en construir hermosos templos de piedra para la enseñanza lo hubieran empleado en restaurar y fortificar su templo espiritual! Si pensáramos más que en lo que se vé y halaga la vanidad de pueblo rico en lo que se siente en la más honda corriente social y prepara la vida de las futuras generaciones!

Bien están los hermosos edificios de escuelas, la exactitud y rumbo en el cumplimiento de las obligaciones de instrucción primaria, los repartos de premios con discursos alusivos al acto, los festivales infantiles para regocijo de chicos y grandes, bien está todo esto, pero ¿no estaría mejor que el pueblo de Bilbao, dando en ello elevado ejemplo, pensara seriamente en si el provecho que un buen maestro le pudiera traer de una adecuada educación pedagógica adquirida allá donde florecen la teoría y la práctica pedagógicas y que le permitiera regir una escuela modelo, serían tan grande como el provecho, grande sin duda, que un artista puede proporcionar á su pueblo?

¿Qué gloria para Bilbao ó Vizcaya, si conyugaran de modo tan eficaz al lento renacimiento de la instrucción pública en España!

Esperar la acción de lo alto es locura, y Bilbao ha demostrado arrogantemente más de una vez que sabe prescindir del apoyo del Estado. El empuje eficaz es el que vá de abajo arriba.

Por hoy basta. No he hecho más que indicar la cuestión; espero descendet á más pormenores, dar al asunto nuevo desarrollo y sobre todo, insistir todas las veces que sea preciso no hasta que se tome resolución sino hasta que logre inspirar á otras personas sobre este asunto el interés que yo siento y consiga se piense en ello en Bilbao como se piensa en otros negocios con ahínco.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Diciembre 1892.

